



ANTONIO TORRES

***Una historia de Lillo
para jóvenes***

Fundación Miguel Lillo
TUCUMÁN - ARGENTINA



FUNDACIÓN MIGUEL LILLO

1931 — *75^o Aniversario* — 2006

TUCUMÁN — REPÚBLICA ARGENTINA

Una historia de Lillo
para jóvenes

ANTONIO TORRES

Una historia de Lillo
para jóvenes



———— **FUNDACIÓN MIGUEL LILLO** ————

1931 — *75° Aniversario* — 2006

TUCUMÁN — REPÚBLICA ARGENTINA

FUNDACIÓN MIGUEL LILLO

HONORABLE COMISIÓN ASESORA VITALICIA:

Jorge Luis Rougés (*Presidente*).

Benjamín Carranza (*Vicepresidente*).

Juan Carlos Díaz Ricci (*Secretario*).

Guillermo Torres Leal (*Tesorero*).

Pedro Wenceslao Lobo, José Manuel García González,

Eduardo García Hamilton (*Vocales*).

DIRECCIÓN GENERAL: Ana María Frías de Fernández.

©1970, FUNDACIÓN MIGUEL LILLO.

Reprint 2006.

Miguel Lillo 251,
(T4000JFE) San Miguel de Tucumán,
Argentina.

Registro bibliográfico:

Torres, Antonio.- *Una historia de Lillo para jóvenes*, Tucumán,
Fundación Miguel Lillo, 2006 (©1970).

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Diseño: Gustavo Sánchez.

Impreso en Argentina.

Printed in Argentina.

RAZÓN DE SER

Estas páginas tienen su razón de ser y su sentido; han nacido al amparo de un generoso sentimiento sin ningún otro objeto; y este sentimiento es el de divulgar el conocimiento de nuestros grandes hombres entre los escolares y la juventud en general. Están escritas por ellos y para ellos, con la remota esperanza de despertar vocaciones que lleguen a las cumbres. Y para que el conocimiento de la vida de Miguel Lillo, que tanto crédito y nombradía diera a Tucumán, sea un perpetuo ejemplo.

Están escritas también para el anónimo ciudadano deseoso de ilustrarse y al que el apuro de la vida no le permite detenerse en las grandes obras.

Honrar a los forjadores de nuestra cultura es un deber colectivo inexorable.

ANTONIO TORRES

EL ESCOLAR

UNA VISITA DE NIETOS

Es un feriado y estoy en la biblioteca, en medio de libros y papeles; hay un hondo silencio y una propicia paz.

Cuando de pronto, como un cascotazo en un cristal, asciende por el hueco de la escalera una triunfal algarabía infantil que todo lo avasalla como una loca marea. Presiento algo grave, mas, recobrando el aplomo, con un iadelante!, espero estoicamente la invasión que presiento. Es la pandilla de nietos, cosa insólita, en una visita protocolar.

—¿Se puede, abuelo?

—Naturalmente, pasen ustedes; antes que nada, díganme qué ocurre para consumir así esta visita colectiva, que más que visita parece una invasión.

El lenguaraz de la tribu expone las causales.

—Hoy es tu cumpleaños; venimos a visitarte.

Y acto seguido toman asiento en riguroso orden de estatura. Alberto, María Cecilia, Mariquita, Pucho y Claudio.

—Ante todo, jóvenes amigos, les anticipo una información desagradable: hoy no es la fecha de mi cumpleaños. Mi cumpleaños fue hace ya varios días, conque esta visita está fuera de tiempo y por lo tanto, la audiencia ha terminado.

—¡No, abuelo! —responde el lenguaraz—. Hace tres días que venimos aquí todos juntos a felicitarte, y nunca te encontramos. Y siempre nos informan lo mismo: salió para el LILLO; no ha vuelto del LILLO.

Y en coro:

—Ahora mismo usted nos va a explicar qué es eso del LILLO.

—¡Ah, hijos míos, no es fácil explicarles! ¡Si ustedes pudieran comprender qué es eso del LILLO...!

Afortunadamente la tarde es luminosa y fresca, la ocasión es propicia y teniendo un coche a la puerta, con una indicación imperativa, termino la entrevista.

—Vamos allá... yo les mostraré todo... y algún día, más tarde, conversaremos.

LA VISITA A LA FUNDACIÓN

Llegados allá, la pandilla irrumpe por el parque y se desparrama como bandada de pájaros gozosos. Todo lo miran, todo lo observan y lo olfatean; todo es nuevo y desconocido para ellos.

Llevo a Mariquita de la mano a través de los frescos y umbrosos senderos bordeados de magnífico follaje.

Alguien se extralimita un tanto confianzudo y yo, con aire fingidamente severo, le señalo el letrero que dice NO TOCAR LAS PLANTAS.

Bordeamos el edificio antiguo y desde el muro de las «placas», enfilamos la avenida central, que lleva frente al mausoleo. Bajo el amplio ramaje de una tipa varias veces centenaria y, como en los momentos solemnes, estos legionarios obedecen a la voz de mando: Aquí, un momento de silencio respetuoso; estamos frente a la tumba que guarda los restos del gran naturalista de la tierra.

Cumplido el acto, doblamos a la izquierda, pasando junto a las grandes pajareras que guardan ejemplares interesantes de la fauna alada regional.

Luego un sendero donde helechos y cornelinas lucen lujuriosa exuberancia, y a la derecha una área de césped con reproducciones de los grandes

saurios antediluvianos, que poblaron nuestras tierras y parecen estar vivos en el ambiente. Su vista provoca una inmediata reacción de miedo y desconfianza que sacude a mi falange de curiosos.

—¿Se mueven? ¿caminan?... vámonos... ¡ese sapo tan grande me puede comer! —acota el más pequeño.

Tranquilizados, bordeamos la parcela de un bosquecillo sombrío y estamos frente a los bloques de las nuevas construcciones, lo que arranca una exclamación unánime:

—¡Esto es enorme!

Luego, a discreción y acompañados, visitamos herbarios, colecciones, etc, y, algo más tarde, la retirada.

Y el abuelo se ha quedado silencioso, meditando por saber cómo va a responder la fecunda imaginación infantil a esta experiencia inolvidable.

Pasados algunos días y reunidos otra vez, comienza el ansiado interrogatorio.

El primero en hablar es Alberto (12 años), que ya tiene aplomo y empaque de persona mayor.

—Ante todo, quiero declarar que la institución que hemos visitado me ha parecido una cosa importantísima... Y ahora quiero hacerle dos preguntas: primero, dígame por qué se llama todo eso el LILLO, y luego, cómo y quién gobierna todo eso.

—Respondo a tu primera pregunta: eso es una FUNDACIÓN y se llama LILLO, por ser el nombre de nuestro naturalista MIGUEL LILLO, quien legó todos sus bienes, a más de sus colecciones, bibliotecas,

etc., y el prestigio de su nombre para que se fundara esta casa de estudios de las Ciencias Naturales, en un acto generoso del más alto sentido de cultura. A tu segunda pregunta respondo: esta FUNDACIÓN pertenece a la Universidad Nacional de Tucumán; está dirigida y administrada por una Comisión Asesora Vitalicia, de la cual formo parte, cargo que me obliga a una muy seria responsabilidad.

Y bruscamente:

—¿Podría yo, algún día, si nos faltara usted, Dios no lo permita, pertenecer a esa Comisión Asesora?

—¡Desde luego! Es accesible a todos los ciudadanos con méritos suficientes.

Y una exclamación curiosa, pone punto final al diálogo:

—¡Qué tremenda responsabilidad me espera!

—Bueno... bueno. Ahora, respondan María Cecilia y Mariquita.

—Todo nos ha parecido hermoso; pero dos cosas, de todo lo que hemos visto, nos han gustado más: las colecciones inmensas de esas mariposas y, allá arriba, donde están esas señoritas que dibujan y pintan esas láminas de plantas y flores tan lindas; y como nos apasiona el dibujo, quisiéramos que, cuando seamos grandes, nos lleve allí, a trabajar en el LILLO, para pintar pájaros y flores.

—Ahora don Pucho (6 años).

—¿Yo?... ¿qué quiere que le diga? Que si tengo que ir a la escuela con esos librotos bajo el brazo que usted llama *Genera*, me hago humo tranquilamente.

—Y por fin usted, señor Claudio (5 años).

—¿Yo?... por mí no se aflija abuelo, lo que es yo, como le dije, no vuelvo más allá, porque ese sapo tan grande me puede comer.

—Pero ya es hora que nos vayamos y todavía usted no nos ha dicho nada de ese Señor Lillo que está cuidado en el jardín por dos mujeres de piedra.

—No se apuren, para ustedes y para todos los niños de mi tierra, curiosos de saber, les escribo las páginas que siguen.

SU INFANCIA

Todo aquel que visita la FUNDACIÓN y recorre su parque, encuentra, al abrigo de una tipa varias veces centenaria, una losa funeraria con la sencilla inscripción: MIGUEL LILLO, 1862-1931. Allí reposan sus restos, homenaje de su pueblo por una ley especial.

A la izquierda, unos viejos muros de adobes, discretamente protegidos, últimos restos de lo que fue el solar de la familia. Allí, en ese mismo sitio, nació por 1862 el niño que con el andar del tiempo debía ser el más ilustre naturalista del norte argentino; por eso dice el Romance:

*Junto a su cuna, la tumba
va rodando un avatar...*

De padres argentinos, de antepasados españoles llegados al país alrededor de 1830 y prontamente afincados en San Miguel de Tucumán, en ese sector pintoresco de las Chacras al Oeste y en ese solar, nació Miguel Lillo, y en ese mismo solar murió, en este Tucumán del cual nunca se alejó sino para sus viajes de estudio, de cortas o de largas distancias.

Hijo único, se desenvuelve su infancia al abrigo de un ambiente de cálido afecto familiar, no abundante en recursos; pero tampoco en la pobreza, eso sí, en una atmósfera de austeridad, disciplina, trabajo y devoción.

Recibe los primeros rudimentos de instrucción, como era de práctica en la época, por diligencias de familia y, ya mayorcito, en las escuelas oficiales o privadas, escasas en aquellos años y ubicadas en el centro, distantes de aquellos apartados suburbios donde su padre vivía; y así, nuestro escolar tenía que recorrer mañana y tarde las diez o doce cuadras que lo separaban de su escuela; pero no por calles asfaltadas y veredas de mosaicos, sino por callejones casi despoblados, en invierno, polvorientos y, en verano, lleno de fangales.

Pero nuestro escolar, siempre correcto, pulcro, diligente, era un raro ejemplo de puntualidad. Cualquiera fuera el tiempo y el estado de las rutas, él estaba a horario en la escuela. Llamóle la atención a su maestra esta precoz abnegación y escribió a la madre, disculpándole por si llegara con retraso o faltara por la tarde, ya que en este turno se dictaban sólo materias secundarias. Pero, ¡Oh, tiempos aquellos! el escolar dejó de lado las franquicias ofrecidas por el maestro y siguió concurriendo a su escuela puntualmente, mañana y tarde, incluso los domingos para asistir al catecismo y prácticas piadosas.

Es cosa que conmueve el descubrir entre las hojas de sus libros y cuadernos de primera enseñanza,

que hoy conservamos como una reliquia, entre sus páginas, mariposas, hojas y flores secas, cuidadosamente desplegadas.

Hasta su entrada al Colegio Nacional, este raro estudiante es siempre pulcro, curioso, reflexivo y clasificado siempre distinguido.

¿Curioso? Sí, de todo y en especial de la naturaleza. He aquí el hecho que lo revela de un salto en lo que será más tarde su potente vocación.

Hacia los doce años, nuestro escolar termina su enseñanza primaria e inmediatamente inicia su ciclo secundario, en un instituto particular, las Escuelas Pías, que funcionaba en la actual calle San Lorenzo al cuatrocientos. Precisamente en esta época acontece una curiosa aventura que nos ilustrará más que muchas páginas, sobre las cualidades y características de nuestro estudiante, y es la siguiente:

En su diario recorrer el camino hacia el centro de la ciudad, el niño había notado que, de ida, el horizonte estaba abierto hacia el naciente y que sobre su horizontal se levantaba cada mañana el sol glorioso; pero que, al lado opuesto, como una verde o azul muralla, según las horas, ese horizonte estaba cerrado por la montaña, y su curiosidad se clavó en ella.

¿Qué es la montaña? ¿Qué habría allí? ¿Cómo será todo eso? Misterio. No sabe nada. Y una idea fija trabaja en su cerebro: ir a la montaña y saber lo que es eso y lo que hay allí.

Y por fin, después de mucho cavilar, una mañana luminosa, como todas las mañanas de primave-

ra de esta tierra, el curioso escolar partió para saber de cierto qué era eso de la montaña; por primera vez con su cartapacio a la espalda —no llevaba utensilios de estudio sino algunas discretas municiones de boca— anduvo, anduvo, en dirección a la montaña.

Empezó a trepar la cuesta y bien pronto, el cansancio y la sed le agobian, busca un refugio entre la fronda, despacha su merienda y quédase dormido.

Al despertar, escruta, todo es silencio en torno; pero un secreto rumor se eleva desde el bosque y un extraño aroma embalsama la atmósfera. Mira, observa, todo es desconocido, un ave canta en la espesura y el agua cristalina responde con su murmullo en la quebrada. ¿Qué pájaro es aquel que canta? Y esta agua, ¿de dónde viene y adónde va? Una extraña inquietud le conmueve. Arranca una hoja y otra y otra, todas son parecidas, pero qué desilusión, todas son diferentes. La angustia aflora, y en su desesperación comprueba que todo es desconocido.

Retorna fatigado y triste, acalabrada el alma; le ha ido muy mal en su primera tentativa de curioso.

Aquella noche el curioso no duerme, está preguntándose el cómo y el porqué de las cosas y esa angustia de querer saberlo todo le atormenta y va a sentirla, permanentemente, todos los días de su existencia.

Con este temperamento y estas disposiciones va a abordar la enseñanza secundaria, donde, por otra

parte, le tocará en suerte tener al frente de la Cátedra a esclarecidos maestros, que todo Tucumán recuerda: Sisto Terán, Corona Martínez e Inocencio Liberani.

Su paso por las aulas, hasta el bachillerato, fue brillante, a punto tal que el estudiante ha rebasado por cuenta propia muchos temas de los programas oficiales. Así, hojeando apuntes en libretas del escolar, encontramos que, sin auxilio de ningún orden, ahondaba el estudio de las matemáticas, aprendía alemán y conocía los fundamentos del griego y del latín; empezaba a interesarse por la entomología. Lo ratifica también el decreto del gobernador Dr. Tiburcio Padilla, de fecha julio 16 de 1887:

«Que estando vacante en el Colegio Nacional una de las becas de que dispone y encontrándose en el joven Miguel Lillo las cualidades para obtenerla, el Superior Gobierno DECRETA: Concédase dicha beca al estudiante Miguel Lillo».

EL APRENDIZ



ESTUDIANTE EJEMPLAR

El estudiante de quien hablamos, Miguel Lillo, se recibió de bachiller, como ustedes lo serán mañana, en nuestro Colegio Nacional en el año 1881. Junto con él, jóvenes amiguitos, egresó una falange de ilustres ciudadanos, que fueron a continuar sus estudios en las universidades regresando más tarde diplomados, y desempeñando altas funciones en la provincia, como José Frías, Benigno Vallejo, Fortunato Marino, Carlos Beaufrère y otros.

Pero, ¿y nuestro brillante escolar de primera y segunda enseñanza, por qué no parte con esa falange y regresa doctorado? Aquí, amigos míos, hay una dolorosa confesión, pero que es necesario conocer, porque afecta todavía a las posibilidades de tantas inteligencias que se pierden, pues que más tarde el Sabio confiesa: «Por razones económicas tuve que interrumpir mis estudios, a pesar de mis buenas disposiciones para las matemáticas, las lenguas y las ciencias naturales».

Dicho así, tan crudamente, cruel en demasía hubiera sido el sacrificio frente a la fría indiferencia de una sociedad que estúpidamente apaga una llama; concedamos a este factor económico todo el

margen de razón que pudiera, en esta circunstancia, tener; pero, seguramente, no es toda la razón.

Son innúmeros los estudiantes que, en circunstancias análogas o aún peores, como dice uno de sus biógrafos, «han peregrinado rumbo a su destino, saboreando el amargo pan de la escasez, sazonado solamente con unos cuantos granos de fantasía y esperanza en el ensueño».

Vemos al estudiante, como le pasaría a cualquiera de ustedes en circunstancias parecidas, poco dispuesto a la aventura y contingencias de una precaria y lejana vida universitaria, y poco resignado al abandono de la mucha o poca, pero segura comodidad doméstica y sobre todo a la pérdida, por ese alejamiento, de la ternura familiar que le rodeaba; esto sí que es una causa fundamental para determinarse y podríamos recurrir como probanza, a lo que seguramente pensaba siempre:

—¿Irme? ¿para qué? ¿para estudiar? Si es para estudiar, yo voy a estudiar aquí no más

Como ya venía demostrándolo, pues en sus estudios sobrepasaba, ampliamente, los promedios oficiales.

Este estudiante sale del Colegio Nacional, como vimos, como un arquetipo del estudiante perpetuo, tanto es así que voy a referirles la siguiente anécdota, ocurrida ya en su edad madura:

Un visitante imprudente, encontrándolo enfrascado en sus investigaciones, le preguntó:

—¿Para qué estudia tanto, don Miguel?

Y le respondió con esa clara sencillez:

—Si yo estudio por estudiar no más.

Sobre esta respuesta, invito a los jóvenes escolares a reflexionar muy seriamente.

El Colegio Nacional queda a sus espaldas y va a ser el único instituto de enseñanza que frecuenta en su largo aprendizaje. Y se encuentra a su frente toda la vida que le espera. Iniciar la marcha, ¿por qué camino?

La situación, para el joven bachiller, es crítica, y en este conflicto su espíritu, seguramente, sufre una tremenda sacudida; hay una tempestad en su frente. Pero su alma ansiosa y aspirante, desgarrada, así y todo no se rompe y le va a pasar lo que a las cuerdas, que cuanto más tirantes, vibran más y mejor.

Es necesario aportar los recursos indispensables para contribuir a la subsistencia diaria; busca trabajo y entra de empleado auxiliar en una farmacia de esta ciudad; las jornadas de trabajo duran doce horas o más, pero nuestro pobre estudiante, tenaz como siempre, no pierde tiempo y en la trastienda de la botica y en el laboratorio, lee en todo rato libre; penetra, manipula y ahonda las diversas disciplinas de aquella profesión.

Este estudiante, por ahora aprendiz de farmacia, aprendiz de física y química en el Colegio Nacional, padece de una curiosa enfermedad, que, ojalá, fuera contagiosa para todos ustedes: él siempre tiene sed. Así como nosotros sufrimos la sed de agua, que nuestra pobre materia orgánica exige, él siente, desde ya, otra sed, atormentadora también: la sed de conocer, de saber, que lo aparta de todas las tentaciones y lo habría de llevar por el áspero ca-

mino de la sabiduría, a esta altura de su vida, 21 a 23 años, cuando en todas las cabezas juveniles revolotean fantasías, él sólo mira, observa y conoce; su espíritu de observación es tan precoz que si hoy queremos saber el estado del tiempo en Tucumán, 85 años atrás, por ejemplo un 14 de abril, es muy sencillo: consultamos una de sus tres docenas de libretas de apuntes y veremos:

«8 a.m. Aire libre, presión tal, temperatura a las 12. 30, tal», etc.

Y desde ese día el aprendiz metereólogo no dejará sus observaciones hasta su muerte.

Sigue trabajando en los laboratorios de física y química del Colegio Nacional, ahondando sus conocimientos en aquellas dos ciencias; se encuentra un poco desorientado en todo, menos en el estudio, que sigue con ahínco, en especial de las lenguas. Pero ya, tempranamente, siente esa secreta voz que lo llama imperativamente hacia la Naturaleza, pues, contando 21 años, ha comenzado el inquieto observador sus colecciones botánicas, en los alrededores de su quinta; pero no conforme con ello, amplía sus excursiones a las afueras de la ciudad, por Manantial, Tafí Viejo, Banda del Río Salí y otros lugares; lo importante es que, en sus anotaciones de escolar coleccionista, anota gozosamente que posee ya ¡700 ejemplares!

El incipiente aprendiz de botánico está solo, apenas si posee algunos textos de guía, pero lo ignora todo: cómo se clasifican estas plantas, cómo se hace esto, cómo se hace aquello, y este problema

llega a preocuparle tanto que, no teniendo a quién interrogar en su ciudad, peregrina a Córdoba, donde están los maestros, y allá va en busca de su orientación y consejo. Llega al santuario de la vieja Universidad de San Carlos, en donde trabajan los tres depositarios del saber en Ciencias Naturales: Federico Kurtz y los hermanos Doering.

Llegado a Córdoba, divide el tiempo entre herborizar por Alta Córdoba o en las márgenes del río, visitar librerías, bibliotecas; y donde más se detiene este curioso aprendiz es en recorrer los anaqueles del herbario de aquella Universidad, y observando las determinaciones, de tiempo en tiempo, una exclamación: «¡Cómo! esto es tal cosa y yo creía tal otra»; silencio en la sala y de nuevo otra exclamación: «Conque también esto no es como yo creía»; Seguramente recibió esos impactos como una punta de fuego sobre una piel sensible.

Algo tímido, nuestro personaje estaba afilando el cómo y el cuándo de una visita al Sr. Kurtz; por fin, un día, recorriendo los pasillos del museo, se atreve a tocar su puerta; el maestro lo recibe deferente y amablemente; dialogan más de una hora, pero casi todo son preguntas del joven visitante; al retirarse, le invita a almorzar en su quinta de San Vicente al día siguiente. Lillo sale alegre, pero en el fondo un poco preocupado.

¿Y el almuerzo? Aquí sucede algo trágico; el joven tucumano se ha pasado herborizando en las márgenes del río y cuando recapacita, la hora está vencida, sin embargo toma el viejo tranvía a San

Vicente y aquí una escena muy característica de su temperamento, que les va a divertir a todos.

Llegado a la puerta de casa, no se atreve a llamar; pasa tres o cuatro veces recorriendo la vereda y regresa a Córdoba.

A la mañana siguiente, nuestro amigo está compungido; toma coraje y resuelve entrevistar a Federico Kurtz en el Museo. Lo recibe amablemente con un «¿Qué le ha pasado amigo?». Y él le responde que juntando yuyos se le pasó la hora; a lo que contestó el maestro:

—¿Ha visto, amigo mío, que la botánica es peligrosa, porque trastorna el seso?

El almuerzo se realiza al día siguiente, pero esta vez acompañado de Doering.

A la salida el joven tucumano está como alucinado y por todo comentario tiene esta exclamación:
—¡Qué magnífica biblioteca!

El viaje toca a su término y por fin regresa a su tierra; qué contraste sufre en sus pupilas con el impacto de los panoramas que observa desde la ventanilla del tren, mientras éste avanza por esa pampa desierta y árida, comparándolos con el recuerdo y la vivencia de su verde Tucumán; esta sensación, seguramente perdurará en su memoria y le servirá fundamentalmente para despertar sus conceptos sobre la geografía botánica. Ya a su regreso, conociendo los métodos y la disciplina con que se trabaja, se entregará a informarse y recorrer la provincia en busca de materiales para formar así el botánico, del cual les hablaremos más tarde.

Hasta aquí les hemos relatado cómo, ya desde las aulas del Colegio Nacional, tenía afición por la física y química, especialmente esta última; cómo ampliaba sus conocimientos en la trastienda de una botica y cómo experimentaba en los laboratorios del Colegio Nacional, donde mantenía su cargo de ayudante de cátedra. Pero, he aquí que en 1885 sobreviene en Tucumán la creación de un instituto técnico, la Oficina Química Municipal, durante el progresista gobierno de Lídoro Quinteros.

No hay en Tucumán gente capacitada para ponerse a su frente y las autoridades se ven obligadas a contratar un joven químico alemán, el Dr. Federico Schickendantz, quien organiza dicha oficina y sus laboratorios; pero he aquí que, todo instalado, se necesita un ayudante no lego y en tales circunstancias, las autoridades, orgullosas de la nueva repartición, pónense en busca, y el Rector del Colegio Nacional les informa que hay allí un jovencito que les puede servir y se lo envía a Schickendantz, quien lo acepta inmediatamente; este jovencito, que ya conocemos, era Miguel Lillo. Va a iniciar, al lado del maestro, el conocimiento a fondo de esta difícil ciencia. Allí permanece desde el año 1885 al 89, donde pasa a la Oficina Química, ya provincial, con el cargo de vicedirector; pero ya en el año 1887, apenas a los 24 años, es nombrado profesor interino de química en el Colegio Nacional; el prestigio y autoridad en esta materia, del que ayer era un simple aprendiz de laboratorio se están afirmando. ¡Qué ejemplo para la juventud estudiosa y aspi-

rante! Poco más tarde va a suceder un pequeño cataclismo en aquella repartición: el Dr. Schickendantz, por desavenencias con las autoridades, presenta su renuncia. Gran alarma; y en el despacho del Gobernador acontece esta escena:

—Don Federico, no nos deje así, búsquenos por lo menos a su reemplazante.

A lo que el terco alemán responde:

—Para lo que hay que hacer aquí, con este ayudante que tengo basta y sobra.

Ese ayudante era Miguel Lillo. Y deja de ser el aprendiz, el auxiliar, para pasar a la categoría de Químico Oficial de la Provincia, sin título alguno de capacitación. Más tarde, les referiremos su trayectoria en la química hasta su profesorado universitario.

Y ustedes dirán: ¿qué se han hecho de las buenas disposiciones de nuestro amigo para las lenguas y otros estudios? Nada, que sigue estudiándolas nomás, por su cuenta y sin profesor alguno; y a esta altura de su vida, mientras la mayoría de ustedes ocupa su tiempo en cosas banales, él ya tenía sólido fundamento de las lenguas clásicas: del griego y del latín, y podía leer sus papeles por lo menos en cinco idiomas actuales.

Este joven extraordinario está terminando su aprendizaje en disciplinas y en ciencias diversas, por su solo empuje, por su solo esfuerzo, con una tremenda voluntad; va aislándose de todo lo que le perturba en el estudio; no le tienta la calle ni diversión alguna, no tiene los maestros, pero va teniendo los libros y los textos que son otros tantos maestros

mudos que le están hablando silenciosamente al oído. El que así aprende, con tanto ahínco y tanto sacrificio, se llama, como todos saben, un autodidacto; empujado sólo por esa secreta pasión, por esa sed inagotable de saberlo todo, sin la bajeza preconcebida para ocupar un cargo o desempeñar una profesión lucrativa, profesiones que todos ustedes conocen.

Pero así, en plena juventud, colocado en el Tucumán de 1885, ¿cuál va a ser su destino final? ¿Será un naturalista, se aferrará particularmente a la botánica, derivará en un zoólogo por su precoz afición a las mariposas y las aves, como él tantas veces lo confiesa?, ¿absorberá la química totalmente su tiempo y le entregará a ella su pasión? Hasta este momento y en unos cuantos años próximos, así parece ser. Sigue al lado de matraces, redomas y pipetas, junto al químico Dr. Schickendantz. ¿Dejará de lado el ancho mar de la cultura general?

En definitiva, esto nos lleva a un interrogante final: ¿Cuál es su vocación?

Aunque el interesado va a demorar diez años en declararlo, cualquiera de nosotros podría vaticinarlo desde el momento. Esta declaración es la siguiente: «Mi vocación está por las ciencias naturales y en especial por la botánica». ¡A buena hora, amigos míos, cuando ya todo el mundo lo sabía! Pero botánica y química son dos rutas paralelas por las que nunca cejará de caminar; la primera, ruta de sus aficiones, en ella está su devoción y la mayor parte de su preocupación cerebral.

La química, conociéndola tan a fondo, será su profesión obligada, puesto que en ella se encuentran todos los medios materiales de sus exigencias personales y de las otras necesidades de coleccionista y bibliófilo.

Aparte de todo esto, ejerce actividades en la docencia; ¿se inclinará por ella? Ya lo hemos anticipado; su vocación fundamental es el saber.

Luego hablaremos de esto, cuando el aprendiz ocupe la Cátedra Universitaria.

VIAJERO
NATURALISTA



COLECCIONISTA ANDARIEGO

A lo largo de este relato, lo hemos sorprendido desde la infancia, juntando entre las páginas de sus libros de escuela mariposas muertas y hojas y flores secas, que hoy mismo ustedes podrían ver si tuvieran tiempo y paciencia de recorrer aquellos viejos textos conservados, con páginas ya amarillentas.

Lo hemos visto viajando a Córdoba a informarse de sus prácticas de aprendiz botánico, aunque durante los primeros diez años que permanece en la Oficina Química parece haber abandonado su afición por las plantas y los pájaros; pero no es así, como voy a explicarles. En este tiempo recorre la provincia en todas sus direcciones, acumulando apasionadamente el material que ordena, conserva y clasifica después.

Aquellos viajes que se inician en su peregrinar a Córdoba en 1883, encontramos ya en 1886 que de febrero a mayo ha hecho por lo menos 15 salidas, visitando Tafí Viejo, El Siambón, Cevil Redondo, Tapia, etc.

Estos viajes se van a prolongar hasta 1916, con su última salida hacia El Chaco y Paraguay; durante ellos ha recorrido la provincia en innúmeras salidas.

Nadie como él la conoció, en todos sus secretos naturales; viajó fuera de la provincia; viajó por las repúblicas vecinas para informarse de la influencia de su flora sobre la nuestra.

Ustedes deben reflexionar un instante, lo difícil y penoso de estas andanzas, sin rutas, sin poblaciones, sin ninguna comodidad, alimentándose precariamente y durmiendo a la intemperie.

Piensen ustedes en un viaje a Tafí del Valle, por ejemplo, tan de moda hoy en día; un despreocupado turista sale a la mañana, sin madrugar y antes del mediodía está tranquilamente en Tafí, disfrutando del panorama en cualquier hostería. Entendido sea que en aquel tiempo, este viaje se realizaba del modo siguiente: Salir a la mañana por el Ferrocarril NOA; descender en la estación Acheral donde debían esperar cabalgaduras; salir rumbo a la montaña; pernoctar en Santa Lucía; a la madrugada tomar los desfiladeros de la Angostura; a medio camino, descanso de bestias y viajeros; desmontar y pasar la segunda noche a la intemperie; cabalgar de nuevo y llegar a las casonas del poblado a eso de medio día o mucho más tarde, entumecidos y doloridos. Y en esas condiciones viajó Lillo. Vean ustedes cuánta diferencia, y apliquen la regla a más de cincuenta viajes practicados en esas condiciones dentro y fuera de la provincia.

Como una ilustración de todo esto, quiero referirles un hallazgo que hice recorriendo las numerosísimas libretas de minuciosas observaciones que hacía durante sus recorridos.

En una de esas libretas, correspondiente a un viaje a las sierras del Siambón, una página está ocupada por la caricatura que ilustra este capítulo, en donde se ve al viajero cabalgando en un mal mulo, escopeta en bandolera y alforja llena de yuyos.

En medio del monte y a campo traviesa, ¿quién dibujó esa caricatura?, seguramente que nuestro propio amigo; ya hemos dicho en otra parte que él confesó que tenía buenas disposiciones para el dibujo y otras cosas. Pero he aquí el complemento que tiene más sal de lo que podría esperarse; la caricatura tiene una leyenda:

*Fuese al Siambón un día
Sobre su fotografía.*

Como ven, tenía muy variadas aptitudes y un lindo sentido de la ironía, para no usar la palabra inglesa «humor».

Quien de ustedes quiera tener un panorama de todos aquellos viajes, puede consultar los mapas insertos en *Vida de un Sabio*, publicada por nuestra Universidad, en páginas 248 y 249.

Ahora, como ustedes comprenderán, estos viajes no se realizan tan sencillamente como se traza las trayectorias en los mapas, sino que están llenos de incidentes, preocupaciones y sobresaltos; pero de todos ellos, vuelve cargado con un rico y abundante material; viaja solo o acompañado, cuando más por un peón o un guía. Como un ejemplo de estas excursiones paso a relatarles, muy sucintamente, lo

que le aconteció a nuestro andariego coleccionista en el viaje a la Laguna del Tesoro, en 1890.

Pueden ustedes imaginarse lo que significa viajar a la Laguna del Tesoro; laguna de misterio y de leyendas, de la que yo mismo, cuando niño, escuchaba los relatos de fugitivos de la guerra que iban allí a sumergir en aquellas aguas, monedas, alhajas y cuantas cosas de valor tenían, para ponerlas al abrigo de invasiones; en nuestra infancia, alguien nos contó esta leyenda y cómo se podía ir allí; alucinados escuchábamos esas palabras, como salidas de un cuento de Aladino. Mis amigos, yo les aconsejo que, cuando mayores, no dejen de practicar ese viaje, hoy cómodo, que atraviesa las regiones más maravillosamente bellas de Tucumán. Pero don Miguel fue allí, no llamado por los cuentos de hadas, sino a conocer y coleccionar.

Corre el año 1890 por el mes de enero; si nosotros consultamos sus viejas anotaciones de gastos y de compras, vemos que una serie de materiales de todo orden está levantando peligrosamente la columna del termómetro de sus gastos domésticos: piolas, clavos, velas, fósforos, conservas, papeles, carpetas, etc. ¿Cuál es el secreto de todo ello? Es que el naturalista está preparando una de sus salidas y por la importancia de esos preparativos se ve que esta salida va a ser de alguna envergadura. Se sospecha de alguna picardía aventurera y ésta no es otra que su viaje a la Laguna del Tesoro, que paso a relatarles brevemente. Después de estar tanteando varios días por su estación meteorológica el pronós-

tico del tiempo, anota en su libreta: «Enero 23 de 1890, 6 a.m., camino de Alpachiri», por lo cual sabemos que el viajero salió un día antes de Tucumán; le acompaña un amigo y profesor del Colegio Nacional, llamado Vasconsellos. El día 23 llegan sin inconveniente alguno al sitio llamado Potrerillo, al pie de la montaña que van a escalar; el día 23 siguen andando; ha recogido medio centenar de ejemplares interesantes. Al día siguiente, acampados bajo carpa, en la cumbre de una serranía, a las 5:30 de la mañana está haciendo ya sus anotaciones meteorológicas y clasificando algunos ejemplares sobre la marcha; pero he aquí que sobreviene el primer accidente, que todos tomaríamos por mal agüero; la cabalgadura del jinete, en un mal paso entre las piedras, da por tierra con nuestro naturalista; afortunadamente sin mayor daño a su persona, y mientras la compañía le arregla su montura y comentan en coro, unos se felicitan por la falta de daños en su persona y otros comentan risueñamente el hecho; el naturalista, impasible y embarrado, sigue juntando yuyos. El 25 sigue la marcha; abundan los tábanos y les llueve a ratos; a la caída de la noche pernoctan en la estancia de Los Navarro. Al día siguiente, todo el día en marcha; otro pequeño incidente: extravían el camino y tardan horas en retomararlo. Están en la cumbre de las lomas que cierran el valle del Cochuna. Desde allí, nuestro naturalista contempla un panorama de una belleza poco común, que le arranca repetidas exclamaciones de admiración; el cielo se encapota y aquella noche

los viajeros tienen que pasarla al amparo del techo de un mísero rancho en el lugar de La Esquina. Enero 27: siguen las penurias; anota: «El camino es muy áspero, los animales están lastimados en los vasos; he sufrido anoche mucho frío; la marcha se convierte en penosísima, la lluvia y el crecimiento feraz de la vegetación han borrado todo rastro de senda».

Enero 28: siguen perdidos y el guía se encuentra enfermo: mientras sus acompañantes andan en busca del camino y de un nuevo guía, don Miguel sigue impasible coleccionando y, en una de sus salidas, cae en el lecho de un arroyo de aguas heladas de las cumbres; parece que el viaje se está realizando bajo el signo de un mal agüero. Regresan los buscadores del camino sin haberlo encontrado. Su estación metereológica anuncia mal tiempo; el botánico herboriza y el estado mayor de la expedición celebra consejo de perdidos y se resuelve mandar al Aconquija, en busca de un guía que les saque de semejante apuro. Y el naturalista anota: «El tiempo amenaza lluvia y qué soledad y qué abandono el nuestro! qué tinieblas en la noche!». Su acompañante Vasconsellos se recoge a la carpa enfermo, y aquella noche el naturalista, que parecía dormido, escucha unas quejas en alta voz:

—Todo esto me ocurre por seguir a este loco de Lillo.

El naturalista sigue haciéndose el dormido, pero a la mañana siguiente anota en su libro de viaje: «Para qué habré traído a este cobarde».

Veán ustedes la apurada situación de los expedicionarios; el día 29 amanece nublado y los corazones llenos de incertidumbre: ¿Habrán llegado los chasquis, vendrán en nuestro auxilio? Jóvenes, la alarma es justificada; están adentrados en la selva subtropical, varias leguas, en una zona casi inexplorada y al caer de la tarde comienza a llover intensamente; más de tres días en esa situación; hay quejas; todo el equipaje está mojado; es urgente encontrar un reparo donde secar las colecciones. Por fin, al otro día llega un baqueano y celebran el último consejo de vencidos y se resuelve el regreso. A las 16 emprenden la marcha, para llegar a la madrugada al conocido puesto de La Esquina. El regreso se emprende en fila india; seguramente el coleccionista sombrero y emponchado, va a la retaguardia con los ojillos vivos y curiosos, con la esperanza de encontrar todavía algo nuevo. Hay que subir cuestras, muchas veces a cuatro pies y bajarlas del otro lado de un modo no menos penoso. Y por fin, a las cinco de la tarde llegan a su puesto soñado de socorro; desmontan en la estancia de Los Navarro. 31 de enero: después de tantas fatigas y sufrimientos ha cenado en manteles y dormido en colchón.

La expedición prácticamente ha terminado, pero ya mejor montado, el obstinado coleccionista aún quiere seguir por caminos apartados y el guía desbarata ese intento.

En su regreso hasta el llano, por el camino de más tránsito —si camino puede llamarse a aquello,

anota el viajero, porque las bestias se empantanaban hasta las rodillas y los corvejones—, a cada minuto es inminente una caída, tanto que yo mismo fui por tres veces al suelo. Llega la noche y hay que pasarla a la intemperie a orillas del río Cañas, con lluvia intermitente toda la noche.

Con el alba sigue en viaje; sin detenerse en Alpachiri cabalgan todo el día y hacen un alto de descanso y refrigerio, llegando al caer de la tarde a Alto Verde.

En su libreta de viaje faltan las anotaciones de estas dos últimas jornadas y sólo encontramos esta curiosa anotación: «Un tigre rondaba nuestro camino, pero felizmente no nos atacó».

Ahora una confesión: Todo este viaje con \$110,17 y de este modo y con este trabajo y penuria que hemos visto, el botánico llegó a reunir en sus anaqueles setenta mil ejemplares de la flora argentina.

EL QUÍMICO



MAESTRO CONSAGRADO

Nuestro joven estudioso ha pasado ya los 25 años. ¿Ha dejado a sus espaldas la difícil etapa del aprendiz? No, porque como veremos esa etapa no se cierra nunca, porque ya maestro consagrado seguirá aprendiendo todavía.

Pero, llegado a más de un cuarto de siglo, este joven, ¿qué resuelve? ¿A qué se determina? Está orientado por tres caminos: ejerce el profesorado; está seriamente encaminado hacia la química, al frente de una repartición importante; hemos visto que inicia en ella sus investigaciones; pero hay un tercero en discordia, que es la Naturaleza entera de su tierra, que con una secreta voz telúrica está llamándolo permanentemente, y al naturalista, y en especial al botánico, le está hablando al oído: «Ven a mí y sígueme», con esas palabras tan imperativas del Evangelio: «Olvídate de tí mismo y sígueme, ésta será tu vocación». El mismo nos lo va a confesar años más tarde: «Mi vocación son las ciencias naturales y, entre ellas, especialmente la botánica». Para ella será su consagración; pero nunca abandonará sus profesiones oficiales: el profesorado y la química.

Va a recorrer entonces los tres caminos, transitando más intensamente la ruta del naturalista.

Se está afirmando en el medio, está tomando crédito, pues a poco más de este término, ocupa cátedras secundarias; es vicedirector de una repartición tan seria como lo es la Oficina Bromatológica. Mientras tanto, para el público, parece que se orienta hacia la química y la docencia, pero él sigue recorriendo el campo argentino juntando materiales, es un joven precozmente maduro y todo lo hace en serio.

Al lado del maestro, el químico alemán, afirma las rígidas disciplinas de esta ciencia y empieza su primer trabajo de investigación al lado de él, que estudia y analiza los distintos procesos residuales de la industria azucarera; luego serán los estudios sobre las alteraciones provocadas por la mala conservación de los vinos y otras muchas investigaciones más al respecto.

Continúa este joven químico absorto en los laboratorios, siguiendo la difícil danza en los matraces de los átomos, de las moléculas y sus combinaciones. Todo deja presumir que se está formando el químico acabado.

Parece que en la vida nadie puede ser profeta, puesto que imprevistamente, el afamado químico alemán tiene problemas con el gobierno y abandona los cargos que desempeña: cátedra del Colegio Nacional y dirección de la Oficina Química. El ejercicio de la cátedra no se interrumpe por eso; toma Lillo el cargo abandonado y en él se desempeña, al

decir de sus contemporáneos, como un maestro consumado.

En cuanto a la dirección de la Oficina Química, el problema se resolvió como ya les hemos referido con aquellas palabras consagratorias del maestro alemán, que casi equivalían a un diploma, puesto que va a hacerse cargo de aquella repartición técnica por decreto del gobierno y va a desempeñarlo por 30 años, con la alta competencia de todos conocida.

No hay para qué referirles en detalle la inmensa labor desempeñada allí por tantos años, con una dedicación y puntualidad admirables; sus dictámenes ante autoridades de Gobierno y de la Justicia tenían el valor de una sentencia. Aquí sucedió una vez que un grueso cargamento de mercadería importada de otra provincia fue sometido a su análisis y dictamen, y éste fue: Inapta para el consumo. Se movieron resortes de todas clases a fin de que el químico modificara su dictamen; pero éste respondió:

—La mercadería sale de Tucumán o yo salgo de la Oficina.

Resultado: la mercadería salió de Tucumán.

Los gobiernos solicitan sus consejos para la ejecución de distintas obras; como vía ilustrativa les contaré que un gobernador —Benjamín Aráoz— pide su consejo y su dictamen antes de expropiar ciertas vertientes de agua para proveer a la ciudad.

Su nombradía en esta rama de la ciencia, se extiende más allá de la provincia, al punto que reunido el primer congreso de química en la argentina en 1909, fue designado vocal de la sección far-

macia, y en la siguiente asamblea del mismo tema, 1919, el Comité Ejecutivo le designa para hacer uso de la palabra en la sesión del 7 de junio, con estos conceptos: «Este Comité no sólo ha tenido en cuenta la autoridad moral y científica que unánimemente le es reconocida en el país...».

Por aquellos años nuestro austero profesor de cátedras secundarias renuncia indeclinablemente a ellas, por cierta incomprensión de los alumnos, son vanos todos los pedidos y rogativas de distintos frentes y autoridades para que se reintegre; pero estas pequeñas espinas que se clavan a lo largo del camino no turban la austera serenidad del ya reconocido científico.

Tanto es así que por esta época es designado para concurrir a varios congresos y recibe numerosas distinciones; hasta que en 1916, alcanza la máxima distinción a que un profesional puede aspirar.

Habíase ya fundado la Universidad de Tucumán por gestión de nuestro inolvidable Juan B. Terán. Aquí quiero recordarles que Lillo formó parte del primer consejo fundador; y la distinción de que les hablo es que, por decreto del Gobierno Nacional se le nombra en propiedad profesor de Química de dicha Universidad, institución a la que perteneció hasta su muerte, ocupando cargos de alta responsabilidad.

EL NATURALISTA

LA BOTÁNICA

Para hablarles algo de esta ciencia predilecta de Lillo y para que ustedes puedan comprender fácilmente la trascendencia de sus estudios sobre los vegetales de la provincia y aún del norte argentino, habría que hacer un poquito de historia.

Todas estas regiones fueron prácticamente desconocidas en su variada riqueza natural, hasta que por el año 1850 llegó a esta tierra y se detuvo seis meses el célebre naturalista Burmeister, quien la recorrió en distintas direcciones, recolectando un numeroso material, hasta su partida vía Andalgalá hacia el Océano Pacífico; material que viajó rumbo a los museos de Europa. Luego pasan más de 20 años sin que ningún naturalista viole los misterios de nuestra flora; por fin llegaron, procedentes de la Universidad de Córdoba, los científicos Lorentz y Hieronymus traídos al país por el gran presidente que fue Sarmiento, quienes hicieron en sus respectivos viajes estudios más completos; pero tampoco nada del material quedó en Tucumán; viajó a Córdoba y a Alemania.

Dibujaron el primer mapa fitogeográfico de Tucumán, y más tarde, lo diremos desde ya, fue com-

pletado y rectificado en algunas zonas, por nuestro naturalista.

Ahora viene lo importante, y es menester que lo recuerden bien: entra Lillo en la escena de la botánica de esta región. ¿Y qué pasa? Pasa sencillamente que con él es la primera vez que se recogen en nuestra zona los elementos de colección con mano tucumana y sus materiales se quedan totalmente en Tucumán, reuniendo esa enorme riqueza que constituyen las colecciones acumuladas afanosamente en 40 años de trabajo; a su muerte sumaron setenta mil ejemplares de herbario, perfectamente clasificados y conservados.

Resumiendo todo esto podemos decir que con Lillo se traza una línea definitiva sobre el destino de las colecciones: antes de Lillo, al extranjero; después de Lillo, a Tucumán.

Ahora el investigador está en su gabinete; a su derecha su biblioteca con siete mil libros, es decir siete mil herramientas de trabajo; a su izquierda, la montaña de setenta mil ejemplares botánicos; y va a entrar en el conflicto de las clasificaciones. De ello van a surgir, a través de un cuarto de siglo de paciente labor benedictina, más de cincuenta especies desconocidas de nuestra flora, descubiertas por él o dedicadas a él.

Sus publicaciones lo afirman definitivamente como una autoridad en la materia, a punto tal que, tratándose en una reunión de botánicos argentinos, de publicar la flora integral del país, alguien observó que había ciertas regiones insuficientemente co-

nocidas, especialmente las del norte, a lo que otro sesudo contertulio respondió: si ignoramos algo del Norte argentino, se lo preguntaremos a Lillo.

Además, debo agregar, como conocimiento ilustrativo, que mantuvo una activa correspondencia científica con todos los naturalistas del país y con muchos extranjeros. Este comercio intelectual de intercambio de materiales, de consultas, etc., puede ser revisado, por quien tenga curiosidad de ello, en el voluminoso archivo que se conserva en la Fundación que lleva su nombre.

OTRAS ACTIVIDADES EN LAS CIENCIAS NATURALES

No vayáis a creer que, por tan apasionadamente dedicado a sus actividades de coleccionista, clasificador, conecedor de la flora tucumana y perfilándose ya como el gran botánico del Norte argentino, ha descuidado las otras ramas de estas ciencias.

A la zoología, el naturalista la conoció en un ancho margen, estudiando los problemas naturales, como siempre, «por estudiar nomás»; en algún sector de esta ciencia se detuvo más prolongadamente que en otros y de él surgió el conocimiento a fondo de la ornitología de la República, en cuyo campo se desempeñó también como un maestro.

El único reino en que no incursionó con atención es el reino mineral, y eso a pesar de ser un químico de nota.

Estas actividades le ocuparon preferentemente hasta el año 1916; trabajó en ello y coleccionó su material con la misma tenacidad que demostró con la flora del Norte argentino, preparando sus colecciones que llegaron a ser de las más completas del país, disponiendo del material que debía estudiar a fondo de modo tal que de él surgieron, como les explicaré más tarde, el conocimiento de especies

nuevas para la ciencia, en la fauna alada de nuestro territorio.

Cuando ustedes tengan oportunidad de visitar esta sección del Museo Lillo, no olviden de pedir que se les muestre la maravillosa colección de colibríes —picaflores en el lenguaje común—, que abarca numerosas especies del país y de América del Sur y que son verdaderas muestras de joyeles.

Los batracios y reptiles de Tucumán fueron a su tiempo sometidos a un serio estudio.

Pero en la zoología está el mundo inmenso y misterioso de los insectos, que también abordó, especialmente el orden de los lepidópteros, es decir, de aquellos que tienen polvillo sobre las alas y, hablando de otro modo, las mariposas, cuyas colecciones, cuando ustedes las vean, pueden alucinarlos.

Y ahora viene lo importante; para abordar el estudio de tanto y tan diverso material, recogido en trabajo afanoso de décadas y décadas ¿cómo hace el naturalista? Muy sencillamente, amigos míos, acumula en torno suyo una montaña de libros, en todos los idiomas, de libros altamente especializados y con ellos, a través de un cerebro de privilegio, acomete perfectamente documentado, la obra gigantesca de su estudio; obra que va a insumirle 15 años, exclusivamente dedicados al estudio de la botánica, que fue su verdadera vocación.

LA METEOROLOGÍA

El tiempo, como ustedes comprenden fácilmente, incide seriamente en la existencia humana, en casi todos los frentes de su actividad; queremos sembrar, tenemos la esperanza de que llueva; queremos salir de paseo al aire libre, necesitamos estar seguros de que el tiempo será estable y que no vaya una tormenta a entorpecer nuestro proyecto; queréis hacer deportes, necesitáis que el tiempo sea agradable. Y así llegaríamos a una infinita serie de consideraciones hasta la última, modernísima en el transporte, que si hay mal tiempo, el avión no sale y si ha salido, queda embargado en alguna estación intermedia. Todo esto es para demostrar la importancia que tiene la meteorología en la vida humana y al decir de un modo campesino, en esta actividad de estar tanteando el tiempo, se ha pasado don Miguel Lillo con una constancia y una puntualidad desesperantes durante cuarenta y siete años. Quien algo quiera informarse de estos asuntos no tiene más remedio que consultar sus tablas meteorológicas, publicadas por la Universidad.

Dijimos que trabajó con una constancia admirable, pero quiero también decirles que trabajó hasta el sacrificio y con desinterés excepcional, sirviendo

a innúmeras instituciones científicas del país, especialmente al Observatorio Nacional de Córdoba, adonde enviaba diariamente sus observaciones, siendo repetidas veces felicitado.

EL SABIO

AMOR AL CONOCIMIENTO

Entramos en la última etapa del relato de esta vida extraordinaria ¿Cómo podemos sintetizarla de un modo claro, para que ustedes la comprendan mejor? Tal vez con esta frase: fue una vida que se movió permanentemente en dirección al pensamiento, o que totalizó todos sus esfuerzos para conseguir la verdad. Conquistarla o conocerla fueron los únicos goces cerebrales de su vida.

Creemos que, en este aspecto, nada compendia mejor que estas breves palabras de uno de sus biógrafos:

«Así en su adolescencia, se quedó en su Tucumán a estudiar por estudiar nomás. Y así estudiando llega a saber por saber nomás; y así, sabiendo, es como llegó a ser un sabio en el juicio unánime de sus contemporáneos».

Ya veremos en seguida cómo, paulatinamente, van llegando a él honores de academias, instituciones científicas, universidades del país y del extranjero, sin que él gestione aquellos honores, aquellas distinciones, aquellos diplomas. Y, paralelamente, llueven las preguntas de los cuatro puntos cardinales. ¿Hay que dictaminar sobre la publicación de un diccionario en quichua? Que lo valore Lillo. ¿Hay

que integrar un tribunal para que dictamine sobre la competencia de inspectores, profesores secundarios, universitarios en griego, latín, química, etc.? Que lo integre Lillo. ¿Si las aguas son potables o no son potables? Que lo aconseje Lillo. ¿Hay que averiguar si cuarenta años atrás el tiempo estuvo nublado? Que se le pregunte a Lillo. Y hay que preguntarle el prodigio de la hoja, el milagro del ave, del agua que canta y la estrella que ríe. Supo de la claridad de Horacio y de las tormentas de Raimundo Lulio.

Y de todos los horizontes y por décadas, se le interroga siempre y se le siguió interrogando hasta su muerte. Desde cerca, desde lejos, por correo, por telégrafo, por teléfono, las preguntas, como pájaros ansiosos, se posaban en el árbol generoso de su sabiduría. Nadie quedó sin respuesta; para nadie guardó silencio.

Porque el saber había sido como un terrible capitalista que acumuló montañas de valores y esto le permitió, por años, poder servir a tan generosos préstamos; y cuando este capital es precisamente el saber, el que lo posee y el que lo prodiga es precisamente el sabio.

Y así como les vengo refiriendo tantas preguntas sobre los más diversos problemas que había que preguntarle a Lillo, todo está bien para que ustedes se informen; pero no quiero entrar a exponerles el intrincado problema de su especialidad, que fue la botánica; ni qué decirles del sinnúmero de consultas que él intercambió con todos los reputados botáni-

cos del país y con altos especialistas extranjeros. Esta exposición nos llevaría a perdernos en detalles que sólo interesan a la gente dedicada profesionalmente a estos asuntos.

Ahora ha llegado a la plenitud de su vida; puede contemplar desde las cumbres de sus días el largo y áspero sendero recorrido. El naturalista está ya algo fatigado; no mira las cosas del mundo con indiferencia, pero sí con un poco de desgano. Y ahora les debo referir que como antes llegaban las preguntas, hoy a su mesa silenciosa van llegando las distinciones y los honores.

Ya conocen ustedes cómo obtuvo su diploma de competencia en química y agreguemos una breve lista de sus distinciones. La Academia de Ciencias de La Plata le nombra miembro correspondiente en Tucumán; esto sucedió en el año 1905; pero ahora algo más importante que también procede de la Universidad de La Plata y es, nada menos, que el nombramiento de *Doctor Honoris Causa* en Ciencias Naturales. Sería ocioso explicarles las razones que se expusieron para que aquella casa de estudios concediera esa singular distinción, otorgada por unanimidad. La Academia de Ciencias Físico-Naturales lo incorpora a su seno. Por fin, y también desde La Plata, se le va a conceder el premio Francisco P. Moreno, la más alta distinción a los naturalistas del país. Con los más honrosos juicios vertidos en el seno de aquella Asamblea, se le otorgó, por unanimidad, a nuestro comprovinciano Miguel Lillo. Para dar mayor solemnidad al acto, trasladáronse a Tu-

cumán miembros de aquella Universidad, presididos por el Ministro de Instrucción Pública, y el premio fue entregado al anciano investigador en su propia casa, en una ceremonia austera, saturada de emoción; fueron testigos la intelectualidad de Tucumán, autoridades del Gobierno y de nuestra joven Universidad.

También fue objeto de distinciones parecidas por instituciones extranjeras, como la Academia Geobotánica de Le Mans, la Universidad de Lima, etc.

Todo esto que he referido, por cansador que sea, creo que ustedes y todos los jóvenes lectores de estas páginas comprenderán que al ciudadano que así ha sido tratado en el mundo de las ciencias, puede llamársele tranquilamente un Sabio.

Y ahora, para terminar, voy a referirles una anécdota que les causará gran alegría, con lo cual demostraremos que su pueblo lo había consagrado mucho antes que los sesudos hombres y las austeras academias.

Dijimos que en su adolescencia se quedó en su Tucumán a «estudiar por estudiar nomás»; y así, estudiando, llega a saber «por saber nomás»; y así, sabiendo, es como llegó a ser un sabio en el juicio unánime de sus contemporáneos, que se anticipó en años a su propia consagración científica, cumpliéndose el adagio «*Vox Populi, Vox Dei*». Su pueblo se había anticipado al dictamen y, tácitamente, cuando él pasaba por sus calles, pasaba el Sabio. Aquí la anécdota de principios del siglo XX, de la que fui testigo:

Vivíamos en un barrio por el cual, seguramente, por razones de trabajo, solía pasar una o dos veces por semana y alguna que otra vez, acompañado por un joven elegante, quien dialogaba con muchísimo respeto, y esta joven compañía no era otra que la de Juan B. Terán, que todos conocemos; pero sucedió una vez que estábamos ocupando la vereda una pandilla de chicuelos, jugando a las bolillas, y los más grandes, a la sombra de un corpulento tarco, entretenidos con los trompos, cuando acertó a pasar aquel transeúnte solitario, que a esa hora transitaba su camino; cuando se acercó al grupo, alguien que estaba apoyado en el árbol intervino violentamente: ¡Den lugar, dejen paso que viene el Sabio!

SU MUERTE

SU ÚLTIMO ONOMÁSTICO Y SU MUERTE

Nuestro infatigable trabajador va llegando a los 70 años. Ha ido abandonando, poco a poco, todo su trabajo activo, alejado de la Oficina Química, alejado de la Universidad, se va alejando de todo; abroquelándose cada día más en su viejo caserón, que es como una torre de silencio...allí medita y estudia todavía.

Un día de primavera, día de San Miguel, la ciudad celebra el día de su arcángel y estaba perfumado y diáfano más que nunca; había un no se qué de renovación gozosa de la vida y, en tal circunstancia, tres ex alumnos, ahora ya viejos amigos, van en dirección a su retiro para rendirle el homenaje que los escolares rinden a sus viejos maestros.

El anciano está, como siempre, en su retirado aposento de estudio, se encuentra accesible y expansivo como pocas veces. Al retirarse los visitantes, hubo un no se qué de saturada melancolía en aquellos corazones... allá quedaba, en el viejo caserón solitario, su morador ya mordido en secreto por el mal que irremediablemente debía arrebatarlo, y todo bajo una aparente, engañosa lozanía. Aquella

mañana debía ser la última en que sus viejos alumnos celebrarían su onomástico.

Así pasaban los días de su pacífico otoño, en un aparente estado de salud floreciente, estado que nada hacía presumir un quebrantamiento en él, que hasta este instante había gozado de una perfecta salud. Cuando inopinadamente, una madrugada, fuimos llamados de urgencia a orillas de su lecho; allí se constató que estábamos en presencia de un proceso grave; los facultativos aconsejamos internación en una casa de salud, con el propósito de una intervención quirúrgica; realizada ésta constatamos la presencia de un extendido cáncer, inoperable por cierto; restituido a su casa, con la dolorosa desesperación de todos sus allegados, fuimos testigos inútiles de aquellos días penosos, que el anciano soportó con una valiente y austera serenidad. Había ya entrado en inconciencia cerebral y un halo respiratorio indicaba que aún vivía; un pulso miserable se arrastró penosamente hasta la hora 1 y 27 minutos del día 4 de mayo, en que entró definitivamente en el reinado de sombras de la muerte.

La infausta nueva, difundida con suma rapidez, conmovió a nuestra ciudad; tuvo repercusión en la República y aún en algunos centros extranjeros, como lo prueba el unánime elogio de la prensa, los decretos del Poder Ejecutivo, de la Intendencia Municipal, de la Universidad y de todas las instituciones de cultura.

Fue un día de gran duelo para esta provincia.

Fallecido el Sabio y reunidos en su casa, poco

tiempo después, las personas allegadas a él y representantes de la Universidad, fue abierto su testamento, al que se dio lectura; en pocas palabras, legaba a la Universidad todos sus bienes, con algunas excepciones. El legado consistía en la manzana de terreno donde hoy reside la Fundación Lillo, sus colecciones, la principal de ellas la de la flora de Tucumán y del Norte argentino, perfectamente clasificada y conservada en gran número de carpetas. La colección de pieles de aves de la República, la más completa que en ese momento existía. Colecciones de lepidópteros (mariposas), a más de muchos otros materiales de ciencias naturales. Legó su biblioteca, librería de un valor inestimable, con 7.000 volúmenes, muchos de ellos altamente especializados.

Este legado tenía un fin específico: que la Universidad fundara con él un Instituto de Ciencias Naturales. Y, por encima de todo ello, hizo a su pueblo el legado más importante y trascendental que cae como una pesada responsabilidad sobre las generaciones futuras: el legado de su ejemplo y de su vida entregada generosamente.

Para atender el gobierno material y científico de esta naciente Fundación, única en su género en la República, el causante legó la pesada responsabilidad a diez ciudadanos de su círculo y de su confianza; ellos fueron los miembros de la Comisión Testamentaria Vitalicia, que echó los cimientos estructurales de la grandeza futura de esta Fundación. Sus integrantes fueron:

Dr. Ernesto Padilla.

Dr. Julio Prebisch.

Dr. Alberto Rougés.

Dr. Adolfo Rovelli.

Sr. Rodolfo Schreiter.

Dr. Juan B. Terán.

Dr. Sisto Terán (h).

Dr. Antonio Torres.

Ing. Domingo Torres.

Y ahora que ya nos retiramos, jóvenes curiosos, vamos a hacer una visita de despedida a la tumba que guarda los restos de nuestro ilustre Sabio. Ustedes me han preguntado muchas cosas, pero no me han preguntado por qué sus restos están aquí, cosa insólita que no ocurre con ningún otro ciudadano. La explicación es muy sencilla y es necesario que ustedes la conozcan y la divulguen, porque es el mejor homenaje a nuestros grandes hombres.

El caso es el siguiente: que muchos años después de su muerte, un legislador, compenetrado de los altos valimientos de este ciudadano, consiguió por ley el privilegio de trasladar sus restos a este lugar de su parque, al abrigo de la gran *Tipa tipuana*, como ustedes dicen. Nos detendremos un momento antes de la partida en un rincón muy secreto que se conserva en esta casa y para llegar allí les prevengo que tienen que entrar con mucha compostura y gran respeto, porque vamos a penetrar en un santuario: a la habitación que ocupó en vida, más de 50 años, nuestro ilustre muerto; vean ustedes la austera sim-

plicidad con que vivía el más grande hombre de ciencia que aquí hemos tenido: don Miguel Lillo.

Me olvidaba recordarles que por aquella tumba desfilan miles de escolares, miles de ciudadanos de toda la República, cuanto personaje llega a Tucumán, embajadores, científicos, profesores; ninguno deja de peregrinar a este monumento, estilizado por un fino artista, el escultor Lorenzo Domínguez.

Y por fin, mis últimas palabras, y quiero que no lo olviden, amigos míos: Lillo vino del pueblo y entregó toda su vida y hacienda para el bien del pueblo, y está ya en el corazón del pueblo, como lo dice el romance.

ROMANCE DE MIGUEL LILLO

*Miguel Lillo, Miguel Lillo,
donde quisiste, estás...
En tu tierra y en tu sombra
para siempre descansar...
junto a la cuna, la tumba,
va rodando un avatar.
Tú me diste el mandato
«Aquí es donde quiero estar,
bajo esta Tipa tipuana...».
Un patriarca vegetal
cuyo tronco ya proclama
trescientos años o más,
y está viviendo el testigo
que en los tiempos vio pasar
a rudos conquistadores
con el resuelto ademán.
Tal vez Gaspar de Medina
en su grave y terco andar
por un rato se ha sentado
a tu vera a descansar.
Árbol de la Tierra y Tierra
que después de muchos siglos
sustentó la Libertad.*

*Miguel Lillo, Miguel Lillo
¡Donde quisiste estás..!
Me lo dijiste un día
Esta fue tu Voluntad...
Después tu pueblo lo clama
porque fuiste su Verdad.
El avatar se ha cumplido:
Aquí por la Ley estás...
Miguel Lillo, Miguel Lillo
Para siempre descansar.*

LA FUNDACIÓN
MIGUEL LILLO

EL FRUTO DE UNA VIDA

Por esta Fundación han pasado, en cargos directivos, generosos corazones y una falange de estadistas e intelectuales de primer orden, como lo fueron Ernesto Padilla, Juan B. Terán, Alberto Rougés, Juan Heller, José Sortheix, José Padilla, etc.

Estos hombres y sus colaboradores, pudieron con un ingénito esfuerzo y gran visión del porvenir, cimentar todo lo que hoy vemos, en la grandeza de la Institución; ella es un orgullo para todos y también la responsabilidad de todos es ampararla y sostenerla y este reclamo lo dirijo especialmente a toda la juventud de esta tierra, para que cada uno de sus componentes, a su modo y a su alcance, esté en su defensa y en su apoyo. El legado que se recibió fue de un valor inmenso. Hay con ello una responsabilidad, pero hombres e instituciones tienen mucha más grave responsabilidad con el legado ejemplar de esta vida que acabamos de relatar.

Se recibieron, como saben, 70.000 ejemplares botánicos, otras colecciones, una rica librería, bienes físicos de distinto orden, incluso la manzana de terreno que hoy ocupa; se tiene la satisfacción de informarles (y por esto no se asusten) que hoy, la librería científica alcanza a 95.000 números, que

las colecciones botánicas se aproximan a 600.000 ejemplares y que las colecciones de invertebrados —insectos, crustáceos, gusanos, etc.— se cuentan por millones. Todo ello será conservado y mostrado al público en exposiciones permanentes en ese notable complejo de edificios, dotado de todas las exigencias modernas para esa clase de trabajo: laboratorios, salón de exposición, de conferencias, etc., cuya piedra fundamental se colocó al cumplirse el primer centenario del nacimiento del Sabio. ¡Bello homenaje!

Ahora una declaración: el mayor orgullo que podemos ostentar los tucumanos es que, sobre todo este acúmulo de bienes materiales e intelectuales, se ha cimentado la Fundación Lillo, con un crédito científico que rebasa ampliamente las fronteras de la patria, a través de sus publicaciones mundialmente conocidas: el *Genera et Species Plantarum Argentinae* y el *Genera et Species Animalium Argentinae*, con bellísimas ilustraciones; cada departamento científico publica su revista. La de Botánica, *Lilloa*, especialmente, es la más antigua y lleva el nombre del fundador de esta casa.

Con los datos anotados y las cifras a que llegan nuestras colecciones, nos pondríamos sencillamente a la cabeza de instituciones similares de América del Sur; y comparando con el acervo que guardan en su seno los principales museos del mundo, nos colocaríamos en la tabla de posiciones, vecinos al trigésimo lugar entre todos los museos, lo que es muy honroso.

Y ahora, jóvenes lectores, creo que estarán contentos con este relato que acabo de terminar y espero que esta pequeña publicación sea de alguna utilidad en vuestra carrera de estudiosos.

Sólo me quedaría por recordarles que su pueblo reconoció sus valimientos desde temprano. Para prueba, allí está la larga lista de cargos y nombramientos que recibió en vida.

Después de su muerte, sus compatriotas no lo olvidan; así, una calle de la ciudad lleva su nombre, como asimismo una plazoleta, vecina a la Fundación, decorada con su busto en bronce. Una escuela de la Capital, la Universidad Popular de Concepción, con 17 años de existencia, y en la ciudad de Necochea una plaza lleva también su nombre.

ÍNDICE

Razón de ser	5
EL ESCOLAR	
Una visita de nietos	9
La visita a la Fundación	11
Su infancia	15
EL APRENDIZ	
Estudiante ejemplar	23
VIAJERO NATURALISTA	
Coleccionista andariego	35
EL QUÍMICO	
Maestro consagrado	45
EL NATURALISTA	
La Botánica	51
Otras actividades en las Ciencias Naturales ...	54
La Metereología	56
EL SABIO	
Amor al conocimiento	61

SU MUERTE

Su último onomástico y su muerte 69

Romance de Miguel Lillo 74

LA FUNDACIÓN MIGUEL LILLO

El fruto de una vida 79